

Introducción: la antigüedad tardía

La vida de Prisciliano se desarrolló en un período histórico al que los investigadores hispanos denominan *antigüedad tardía*, que tiene su correspondencia en el término anglosajón *late antiquity*, el francés *antiquité tardive* y el italiano *tarda antichità*. En realidad, todos ellos surgen a partir del vocablo germano *Spätantike*, acuñado en 1901 por el historiador del arte austríaco Alois Riegl.⁵

Se trata de una etapa cronológicamente ambigua, que generalmente tiende a situarse, aproximadamente, entre el ascenso al poder del emperador Diocleciano en el año 284 y el comienzo de las invasiones islámicas en el siglo VII.⁶ El nacimiento, vida, y muerte de Prisciliano se enmarcan dentro de este período, así como lo hace también la última noticia conocida relacionada con el movimiento priscilianista.

La antigüedad tardía destaca por la cantidad de fuentes disponibles, que fueron transmitidas principalmente en griego y en latín. En realidad, el imperio era multilingüe, y sería un error hablar de bilingüismo, dado que en el espacio ocupado por el imperio convivían un sinnúmero de dialectos. No obstante, el latín fue la lengua madre de casi todos los emperadores de la época. Contamos con más de cien autores para el espacio comprendido por el Imperio romano cuyas obras se sitúan entre finales del siglo III y el siglo VI. Historiadores, teólogos, cronistas, geógrafos, filósofos, matemáticos, poetas, gramáticos, astrónomos, etcétera, configuran la nómina de escritores de la tardoantigüedad. Papas, obispos y emperadores nos han legado también documentos preciosos para el conocimiento del período; sin olvidar las actas conservadas de numerosos concilios, el compendio legislativo conocido como Código Teodosiano y las informaciones aportadas por los hallazgos arqueológicos.

Durante la antigüedad tardía el imperio romano es un organismo vigoroso y en plena evolución. Soterradas se encuentran ya las antiguas teorías que consideraban que una vez superado el siglo tercero la noche se había cernido sobre el mundo antiguo.⁷ En palabras de uno de los más laureados investigadores del período, el irlandés Peter Brown, «había vida después del siglo tercero; y esta vida se denomina *antigüedad tardía*».⁸

El período está fundamentalmente marcado por la extensión del cristianismo y la progresiva desaparición del paganismo, que otrora impregnaba todos los aspectos de la sociedad. Durante la antigüedad tardía todos los habitantes del imperio tenían inquietudes religiosas y la oferta satisfacía a todos, pues el imperio romano era un mundo lleno de dioses. El dios de los cristianos era una opción más dentro de una gran diversidad. Solo tras la adopción del cristianismo por parte de Constantino empezaría a convertirse en la única elección permitida por la legislación imperial. A pesar de todo, el triunfo del cristianismo no acabó con la diversidad. En el propio seno del cristianismo eran múltiples y variadas las opiniones, prácticas y doctrinas. Con la nueva religión llegaron cambios en el estilo de vida, se crearon nuevas lealtades y las personas dispusieron de nuevas ambiciones y nuevas satisfacciones. El resultado fue que el equilibrio social cambió en beneficio de las condiciones espirituales de los monjes y sacerdotes y en detrimento de las antiguas instituciones del imperio. Por ello el cristianismo fue el cambio social por excelencia que fructificó durante la antigüedad tardía.

Es obvio que una transformación de estas características difícilmente podía haber progresado sin conflictividad. Los cristianos, que durante años habían sido perseguidos, no fueron mejores que los paganos a la hora de imponer su dogma. Como consecuencia, la espiral de violencia contra el paganismo se desató con virulencia en todo el imperio.

En este contexto debe enmarcarse uno de los sucesos más estremecedores de la antigüedad. La ciudad de Alejandría, una de las urbes de mayor importancia de la parte oriental del imperio, asistió en el año 415 al asesinato brutal de la filósofa Hipatia, cuyo cuerpo fue arrastrado por las calles de Alejandría y posteriormente despedazado. Su muerte se vio precedida de grandes disturbios, que llevaron a la destrucción del Serapeion, uno de los santuarios más famosos del mundo antiguo. Allí, la maravillosa estatua de Serapis, ornamentada con oro y marfil, congregaba a visitantes de tierras lejanas. Fue el propio Teófilo, obispo de la ciudad, el encargado de destruir la estatua en el año 391. La colosal imagen de Serapis fue despedazada a machetazos y entregada a las llamas en diferentes partes de Alejandría.⁹

El progresivo triunfo del cristianismo se debió indudablemente a la conversión de los emperadores a la nueva religión y al surgimiento del ideal de un imperio cristiano, factores que conllevaron la emisión de leyes que amparaban al cristianismo desde la cancillería imperial. Así fue desde Constantino con una sola excepción: Juliano, quien por obra de los apologistas cristianos ha pasado a la historia como *el Apóstata*, fue el último emperador que trató de evitar el avance de los seguidores de Cristo mediante la aprobación de leyes específicas. El antioqueno Amiano Marcelino, el más importante de los historiadores latinos de la tardoantigüedad,

señala al enumerar los defectos de este emperador: «Ciertamente impuso leyes nada opresoras, que exponían con claridad lo lícito y lo ilícito, con la excepción de unas pocas, entre las que podemos citar aquel injusto edicto que impedía impartir sus enseñanzas a los rétores y gramáticos cristianos, a no ser que volvieran al culto de los dioses tradicionales».¹⁰

El conflicto religioso no se libró solamente en la cúspide de la pirámide. Destacados miembros de la aristocracia romana ligados a las antiguas tradiciones mostraron también su malestar ante los cambios producidos por el avance del cristianismo. Un caso significativo lo representa Quinto Aurelio Símaco, que llegó a ser procónsul de África y prefecto de la ciudad de Roma y quien nos ha legado una nutrida colección epistolar. Símaco era un tradicionalista apasionado, que se mostraba reacio a cualquier cambio que alterase las viejas costumbres que habían encumbrado a Roma. Sus fuertes convicciones y su elocuencia le valieron su elección por parte del senado para defender la restauración del altar de la victoria. Fue Augusto quien ordenó erigir este monumento en la curia tras derrotar a Cleopatra y Marco Antonio en la batalla naval de Actium. En este altar los miembros del senado sacrificaban y prestaban juramento, convirtiéndose en un símbolo de la disputa entre paganismo y cristianismo, y enfrentando a Símaco y al poderoso obispo de Milán Ambrosio. El altar sería removido de la curia por orden de Constancio II en el año 357, y tras sucesivas idas y venidas, Teodosio ordenaría su retiro en el año 394.¹¹

La lectura de las cartas de Símaco es fundamental para sumergirse plenamente en la antigüedad tardía. Gracias a su correspondencia conocemos de primera mano los pensamientos de un miembro de la aristocracia occidental que se preocupa por ayudar a sus familiares y amigos, amante de la lectura y de las obras clásicas, pero sobre todo de la tradición. Sus epístolas están llenas de pinceladas que denotan su veneración por los dioses romanos. Era un hombre convencido de que «no es posible alcanzar un misterio tan grande por un solo camino», y por tanto no creía en la existencia de una única religión para acercarse a la divinidad.¹² En una carta que escribe antes del año 381 a Pretextato, prefecto de pretorio con Valentiniano II, y acérrimo defensor del paganismo, se alegra de transmitirle «buenas noticias»: «Las autoridades religiosas han decretado de común acuerdo confiarnos para un homenaje público el culto de los dioses para velar por nuestros conciudadanos. La benevolencia celestial se pierde, en efecto, cuando no se mantiene con ritos. En consecuencia, los huéspedes celestes han sido honrados con una fiesta mucho más grande que de costumbre».¹³

Para su tormento, Símaco tuvo que asistir al endurecimiento de la legislación contra el paganismo. Esta se produjo con la llegada de Teodosio, si bien este emperador de origen hispano fue tan solo un continuador de una tendencia que ya

había comenzado desde mediados del siglo IV con la dinastía constantiniana y que nada ni nadie parecía poder detener. Todo comenzó con la victoria del año 312 de Constantino sobre Majencio en Puente Milvio. Antes de la batalla Constantino había tenido una visión de Cristo, quien reveló al emperador que debía servirse del signo de la cruz para enfrentarse a sus enemigos. Constantino ordenó reproducir el monograma de Cristo con oro y piedras preciosas, y posiblemente se lo hizo grabar en su propio yelmo, según consta en el relato de Eusebio de Cesarea.¹⁴ Tras proclamarse vencedor y entrar en Roma, Constantino hizo ver a todos que algo estaba cambiando al rehusar la vieja costumbre de ofrecer sacrificios en el capitolio para celebrar su victoria.

En el año 342, su hijo, Constancio II, ordenó al vicario de Italia «que cesase la locura de los sacrificios».¹⁵ El emperador Graciano, en el año 382, suprimió la inmunidad de las Vestales, eliminó las subvenciones para los sacrificios y ordenó remover de la curia el altar de la victoria, que había sido restaurado por orden de Juliano. A Teodosio corresponden, entre otras muchas leyes, la prohibición de celebrar cultos en templos paganos y el rescripto del 8 de noviembre del año 392 dirigido a Rufino, prefecto de los pretorianos de Oriente, en el cual se prohibían los sacrificios y demás rituales paganos, incluso en los domicilios particulares. Merece la pena recoger aquí el texto completo de esta ley, dada la meticulosidad con la que se exponen todas y cada una de las prácticas prohibidas, así como las penas decretadas:

Que nadie en absoluto, sea cual sea su nacimiento o su rango en las dignidades humanas, ya ejerza un cargo o tenga un título honorífico, poderoso por el azar de su nacimiento o humilde por su origen, su condición, su suerte, en ningún lugar ni en ninguna ciudad, ni sacrifique a las estatuas carentes de sentimiento una víctima inocente o, con una impiedad más discreta, no venere un lar con fuego, un genio con el vino nuevo, los penates con aromas, ni encienda lámparas, ni ofrezca incienso, ni cuelgue guirlandas. Si alguno osa inmolar una víctima en sacrificio o consultar vísceras palpitantes, será considerado culpable de lesa majestad y podrá ser libremente denunciado no importa por quien, se le aplicará una condena adecuada, incluso si él no ha interrogado a las víctimas ni en contra de la salud de los príncipes o de quien sea. Es suficiente, en efecto, con la gravedad del crimen de querer violar las leyes de la naturaleza misma escrutando cosas ilícitas, tratando de descubrir lo oculto, osando hacer lo que está prohibido, buscando conocer el fin de la existencia del prójimo, prometiendo la esperanza de la muerte de otro. Si alguno venera imágenes creadas por la mano del hombre, deterioradas por el paso del tiempo, ofreciéndoles incienso o si, ejemplo ridículo, teme, de repente, aquello que él mismo ha fabricado, o corona un árbol con cintas, o viste un altar hecho de tierra tratando de honrar vanas imágenes con una ofrenda, aunque fuese de poco valor, no sería una ofensa menos grave para la religión, este hombre, culpable de haber violado la religión, será castigado con la pérdida de su casa o de la propiedad en la cual se haya

manifestado esclavo de la superstición de los gentiles. Es más, todos los lugares donde es evidente que se han elevado los humos del incienso, en la medida en que se demostrará que pertenecen a los turiferarios, ordenamos que sean confiscados. Pero si se trata de templos o de santuarios públicos, casas o terrenos pertenecientes a algún otro que haya osado practicar este género de sacrificio, si se establece que el propietario desconocía esta práctica, el culpable será forzado a pagar una multa de 25 libras de oro; además, se mantendrá para el cómplice del crimen la misma pena que para aquel que haya sacrificado. Queremos también que los gobernadores, los defensores y los curiales de cada ciudad cumplan lo que sigue: que, tan pronto como se descubra el crimen, ellos denuncien y castiguen aquello que ha sido denunciado. Pero si los primeros creen adecuado cubrir el crimen en favor de alguien o lo olvidan por negligencia, que sean sometidos a la cólera de los tribunales; en cuanto a los segundos, si, pese a ser advertidos, han descuidado el castigar, que sean multados con treinta libras de oro y que sus oficinas sean castigadas con la misma pena.¹⁶

De gran peso simbólico fue otra de las leyes adoptadas por orden de Teodosio, y que marcaría otro hito en la historia de Roma evidenciando el progresivo triunfo del cristianismo y el derrocamiento de tradiciones centenarias. En el templo de Vesta las sacerdotisas vigilaban el fuego sagrado de Roma desde época regia. La tarea de las vestales era custodiarlo a perpetuidad. La llama se extinguió en el año 391, cuando Teodosio ordenó que el fuego fuese apagado definitivamente; un acto que simbolizaba sin duda el crepúsculo de la antigua Roma.

A pesar del duro lenguaje empleado en las leyes y de su aparente intransigencia, los edictos no supusieron una rápida desaparición del paganismo. La destrucción de templos y estatuas, las confiscaciones y las sucesivas prohibiciones emitidas contra los nigromantes y la práctica de sacrificios iniciaron un proceso que no podía ya detenerse. Pero este se desarrolló lentamente. Numerosos testimonios parecen atestiguar en los siglos sucesivos que los defensores del paganismo estaban todavía muy vivos. Lo evidencia el relato del historiador griego Zósimo, quien narra cómo en el año 409 el papa Inocencio, tras escuchar que la ciudad de Narni había repelido el asedio de Alarico invocando a los dioses y celebrando los ritos tradicionales, permitió en contra de su propia fe que se realizaran a escondidas ceremonias paganas.¹⁷ Y en el siglo VI, durante el asedio a la ciudad de Roma del ejército ostrogodo, la población trató de abrir clandestinamente el templo del dios bifronte Jano para celebrar los antiguos cultos.¹⁸

La expansión del cristianismo trajo consigo nuevos problemas, dado que la cancillería imperial tenía que preocuparse ahora de las disidencias que desde sus comienzos enfrentaban a los cristianos. Aun a pesar de que nos hemos referido a los seguidores de Cristo de forma genérica como *cristianos* y hablemos de *cristianismo*,

el término podría inducir quizás al lector a conclusiones erróneas. Durante la antigüedad tardía los seguidores de Cristo no formaban un grupo homogéneo, como tampoco el paganismo lo era. Las primeras divergencias surgieron muy pronto, y aquel emperador que bajo la óptica cristiana debía su triunfo al favor divino tuvo que actuar.

Constantino estaba preocupado por las divisiones existentes en los ambientes cristianos de Alejandría y Asia Menor. Hacía poco tiempo que un presbítero alejandrino llamado Arrio se había opuesto a su obispo Alejandro en relación a la teología trinitaria. Arrio consideraba que el Hijo no era eterno y había recibido la vida y el ser del Padre. Esta premisa le llevaba a establecer una clara subordinación del primero con respecto al segundo. A pesar de que Arrio fue excomulgado en un concilio convocado por el obispo Alejandro y de que sus conclusiones fueron anatemizadas, el problema persistió. Constantino se decidió entonces a convocar un encuentro entre los jerarcas eclesiásticos en Nicea (la actual Iznik, Turquía), que tuvo lugar en el año 325. Para favorecer la presencia en el concilio, el emperador puso a disposición los medios de transporte de la posta imperial. Entre los asistentes se encontraba Eusebio de Cesarea, que ya en su *Vida de Constantino* manifiesta la dificultad de estimar el número de los presentes: «La cuantía de los obispos superaba la cifra de doscientos cincuenta, y era imposible calcular el cómputo de los presbíteros, diáconos y acólitos sin cuento que conformaban el séquito de aquellos».¹⁹

El objetivo principal era solucionar las dudas suscitadas por la doctrina de Arrio y elaborar una fórmula de fe común. El problema era la relación entre el Hijo y el Padre, y se decretó una fórmula centrada en el término griego *homoóusios*. Con este concepto se afirmaba que el Hijo había sido engendrado, no creado, de la misma substancia (*ousía*) del Padre, siendo por tanto consustancial (*homoóusios*). Mediante esta fórmula se negaba la jerarquía entre las personas divinas.²⁰ Se proclamó al Hijo «Dios de Dios, Luz de Luz», «verdadero Dios nacido del verdadero Dios, engendrado y no creado y consustancial al Padre». Las resoluciones de Nicea no fueron aceptadas por Arrio, y los obispos que secundaban su doctrina fueron desterrados. Años después, Constancio II, Valente y Valentiniano II adoptarían medidas favorables a los arrianos. Sería de nuevo Teodosio quien en el año 388 abrogaría las medidas de tolerancia decretadas en su beneficio.²¹ Y desde el comienzo de su mandato se declararía seguidor de la fe nicena, postura evidenciada en el edicto de Tesalónica del año 380:

Es nuestra voluntad que todos los pueblos dirigidos por nuestra clemencia vivan en la fe que el apóstol Pedro enseñó a los romanos, tal como la muestra hasta el día de hoy la fe por él mismo enseñada y es claramente seguida por el papa Dámaso y por el

obispo de Alejandría, Petros, varón de apostólica santidad. Es decir, que de acuerdo con la instrucción apostólica y la doctrina de los evangelios, creemos en una única divinidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, en igual majestad y bajo la pía Trinidad. Ordenamos que quienes siguen esta ley puedan denominarse cristianos católicos, mientras que los restantes —a quienes consideramos como dementes y enajenados— deben llevar el estigma de una doctrina herética y a sus lugares de reunión no puede aplicárseles el nombre de iglesias. Deberán someterse en primer lugar al castigo divino y luego también a la venganza de nuestro proceder, que derivamos del juicio divino.²²

El peso del cristianismo en la sociedad creció de tal modo que pronto los obispos tuvieron capacidad para intervenir en cuestiones de índole política. En una epístola posterior al año 393, Símaco ruega al obispo de Milán, Ambrosio, que interceda por Magnilo, antiguo gobernador de la Liguria, y vicario de África, provincia en la que ahora permanece retenido por toda clases de obstáculos: «Os suplico vivamente, que cuando por el mensajero hayáis conocido las razones que retardan a Magnilo, tengáis a bien querer religiosamente intervenir para que finalmente regresado a su patria, pueda sustituir la injusticia de un alejamiento prolongado con un deseado reposo».

Ambrosio de Milán es sin duda uno de los obispos más emblemáticos de la antigüedad tardía. Su figura evidencia el crecimiento del poder de los jerarcas cristianos en la sociedad, basado en el control ideológico que ejercían sobre la población. No es extraño, por tanto, que pronto surgiesen tensiones entre el mismísimo emperador y los líderes cristianos. Uno de los episodios que mejor refleja esta situación tiene como protagonistas al obispo de Milán y a Teodosio. El detonante fue la muerte de siete mil personas en el hipódromo de Tesalónica a manos de las tropas godas que combatían para el emperador. La masacre tuvo lugar tras el linchamiento del comandante godo Buterico, quien, siguiendo una ley de Teodosio, había arrojado a la cárcel, debido a su condición de homosexual, a un auriga muy popular entre la población. En la noche de Navidad del año 390, Teodosio, que se encontraba en Milán, se vio obligado a reconocer su pecado en público y se presentó varias veces en la iglesia sin las insignias de su cargo, hasta que finalmente recibió de Ambrosio el sacramento de la eucaristía.²³

El cristianismo logró, por tanto, difundirse con gran rapidez por el Imperio; y lo hizo desde las ciudades, pues la antigüedad tardía es época de grandes ciudades, muchas de las cuales conocería Prisciliano. Ausonio, famoso poeta burdigalés y amigo de Símaco, elaboró alrededor del año 389 un catálogo de las ciudades más famosas del imperio en orden de importancia. Esta obra nos sirve para conocer algunas de las urbes más importantes de la antigüedad, muchas de las cuales vivieron su apogeo en tiempos de Prisciliano y de Ausonio, quien obviamente seleccionó

aquellas que en su tiempo gozaban de mayor prestigio. El peso de las urbes occidentales es mayor, y ello se debe a que Ausonio quizás nunca abandonó las Galias, o si lo hizo fue solamente para una breve estancia en Milán. Es decir, el conocimiento de Ausonio se debe a fuentes indirectas, pero que posiblemente reflejaban el sentir de la época. Como primera ciudad figura Roma, «morada de los dioses»; le siguen Constantinopla, «privilegiada por la reciente fortuna» y segunda Roma, como se conocía en época de Teodosio, cuyo protagonismo no había dejado de crecer desde su creación por parte de Constantino, y Cartago, «de antigua opulencia». Por detrás se sitúan Antioquía y Alejandría, ciudades orientales «turbadas por el populacho y atormentadas por los tumultos del pueblo enloquecido», una posible referencia a los conflictos entre cristianos y paganos conocidos para la época. El sexto lugar es para Tréveris, ciudad cuya importancia se había acrecentado desde finales del siglo III:

La Galia valerosa en la guerra desea ardientemente ser celebrada y así también el trono imperial de la ciudad de Tréveris, que, cerca del Rin, come en el regazo de la paz, descansa tranquila, ya que alimenta, viste y arma a las fuerzas imperiales. Las murallas recorren por largo trecho la misma colina: amplio, con su curso tranquilo, fluye delante el Mosela, transportando mercancías de todas clases desde países lejanos.

Por detrás de Tréveris sitúa Ausonio Milán, «donde todo es maravilloso», y Capua, ciudad campana «ahora sumisa a Roma, un tiempo su rival». Les sigue, ocupando el noveno lugar, Aquileya, famosa por haber visto perecer al tirano Máximo: «Celeberrima por sus murallas y puerto, pero sobre todo resalta el hecho de que en sus últimos años te escogió, para pagar una expiación tardía, pasado un lustro, Máximo, un tiempo en hábito de vivandero militar. Bendita tú, que feliz espectadora de un triunfo tan grande, castigaste por mano de Marte Ausonio al ladrón rutupino».

El honor de ocupar el décimo lugar corresponde a Arlés, «pequeña Roma de la Galia». Por detrás se encuentran las ciudades hispanas, sobre las que destaca Sevilla, «frente a la cual la entera Hispania baja sus insignias» y con la cual no pueden competir «ni Córdoba, ni Tarragona, poderosa por su fortaleza, ni la opulenta Braga, que se jacta de su golfo sobre el mar», afirmación esta última que denota un escaso conocimiento de la geografía hispana por parte de Ausonio, dado que Braga se encuentra en el interior, a unos treinta kilómetros del océano en línea recta.

El décimo quinto lugar lo ocupa Atenas, «a la cual pertenece la pura gloria de la elocuente lengua ática», seguida de Catania y Siracusa, urbes sicilianas, «la una famosa por el amor filial de los hermanos acariciados por las llamas, la otra porque recubre el prodigio de la fuente y el río», claras alusiones a relatos mitológicos.

La obra finaliza con las ciudades galas, conocidas por Ausonio, y a las que dedica sus versos más apasionados: Toulouse «que me ha criado» y Narbona «que en el pasado tuvo un templo de mármol pario con una envergadura tan imponente que no lo habría despreciado el antiguo Tarquinio, ni Catulo, ni aquel famoso César que hizo construir las techumbres áureas del Campidoglio».

El honor de cerrar el elenco de ciudades recogidas por Ausonio corresponde a su ciudad, Burdeos, que ocupa el vigésimo lugar:

Burdeos es mi tierra natal, donde la clemencia del cielo es dulce y larga la benevolencia de la tierra de regadío, la primavera larga y los inviernos templados con el sol del año nuevo, y caudalosos los ríos, cuyas aguas bajo las dispersas colinas de vides burbujean, imitando el flujo y el reflujo del mar. Cuadrado es el aspecto de las murallas y tan coronada por esbeltas torres, que sus partes más altas penetran en las aéreas nubes. En su interior podrías admirar vías bien distintas, la regular disposición de las viviendas y amplias plazas que dan fe de su nombre y puertas que introducen directamente a los cruces y, en medio de la ciudad, el cauce de un río naciente; y cuando el padre Océano lo habrá colmado con el flujo de su marea, podrás ver el mar avanzar en su totalidad con las naves.

Es evidente que Ausonio recogió en su obra aquellas ciudades cuyo esplendor había llegado a sus oídos. Pero había muchas otras. La ciudad vertebraba el mundo político, administrativo y religioso en época tardoantigua. Pero es precisamente durante la antigüedad tardía cuando se desarrolla vigorosamente otro tipo de asentamiento vinculado con las clases elevadas y que se opone en muchos aspectos a la ciudad: las villas. Estas se extienden por todo el imperio, desde las islas británicas hasta la Gallaecia, pueblan la península itálica y las Galias, la Germania, Sicilia y África, los Balcanes y llegarán también a la parte oriental. Son mansiones campesinas, en las cuales los propietarios gozan de diversos placeres, se alejan de los problemas cotidianos vinculados a la ciudad y se entregan al ocio. Símaco, como todos los personajes acomodados de su tiempo, poseía varias villas que utilizaba para alejarse de los compromisos de su vida en Roma. En una epístola a su amigo Nicómaco Flaviano, Símaco se lamenta por ser apartado de su villa al lado de la *via Apia*:

Había decidido ausentarme durante un largo período de mi casa, y en compañía de nuestros amigos disfrutar de unas agradables vacaciones en el campo en mi villa llamada la Arábica, pero ya que el destino perturba las cosas humanas y puesto que nuestros proyectos no acaban siempre como deseamos, una carta de la prefectura ha turbado mi tranquilidad, mezclando cuestiones de inquietud y esperanza. En concreto, y sin más explicación, se reclama mi presencia.²⁴

Las villas eran además centros de carácter productivo, en los cuales se elaboraba vino y aceite, se cultivaban árboles frutales o se criaban especies faunísticas. En una carta enviada a Mariniano, que en el año 383 llegaría a ser vicario de *Hispania*, Símaco describe a la perfección el tipo de actividades que se desarrollaba en una de sus villas, posiblemente en la Campania:

Aquí nosotros nos relajamos haciendo los campesinos y disfrutando de mil maneras de los frutos del otoño. En efecto, después de haber confiado a los barriles el flujo del vino nuevo, estrujado con los pies o exprimido bajo la prensa, las olivas de Sición son machacadas en los lagares, aunque la producción del aceite virgen solo se logra si la oliva temprana se aprieta suavemente. Entretanto, los cazadores encuentran las guaridas de la presa. Los campesinos no continúan en el mismo sitio, sino que corren hacia sus labores en todas las direcciones. Unos trepan por escaleras hasta la cima de los árboles. Muchos filtran los mostos resinosos. Algunos siguen el olfato de sus perros tras las pistas olorosas de los jabalíes.²⁵

Con la llegada del cristianismo, las villas se convertirán además en ideales lugares de reunión empleados por los miembros de la aristocracia para celebrar encuentros de carácter religioso, alejados del control episcopal.

Villas y ciudades testimonian que la antigüedad tardía fue un período de lujo y prosperidad. Ya anteriormente los ricos propietarios romanos disfrutaban de todo tipo de bienes suntuarios; pero ahora la ética cristiana atacaba con violencia el amor por lo mundano y la ostentación, y en sus feroces críticas toda la opulencia del imperio se presenta con claridad ante nuestros ojos. Juan Crisóstomo, patriarca de Constantinopla, famoso por su elocuencia, y cuyas obras son imprescindibles para el conocimiento de la corte teodosiana, en su primera homilía sobre el texto «Salud a Priscilla y Aquila» dice:

La mujer de que tratamos no tenía lechos de plata adornados, pero sí una perfecta castidad; no tenía colchas, pero sí un ánimo manso y hospitalario; no tenía refulgentes columnas, pero tenía una resplandeciente hermosura en el alma; no poseía paredes revestidas de mármol, ni pavimento adornado de fino mosaico, pero era ella misma templo del Espíritu Santo.

Más claras son todavía sus palabras en la décima homilía sobre la epístola de Pablo a los Filipenses:

¿Somos prudentes al construir palacios espléndidos, inmensos, embellecerlos con columnas, mármoles, pórticos, patios, y mil ornamentos diversos, y colocar por todas partes pinturas y estatuas? ¿Para qué sirven estas telas laminadas de oro? ¿Una vivienda

modesta y adaptada a nuestras necesidades nos presta menos servicio? ¡Pero decidlo, un palacio os embelesa, os deleita! Sí, para un día o dos; luego el encanto se desvanece. Incluso el sol no despierta en nosotros demasiada admiración, por el hábito que tenemos de verlo; un objeto de arte nos excita todavía menos. Pronto no lo advertiremos más que a un vaso de arcilla. ¿A qué sirven para la comodidad de una habitación la multitud de columnas o la belleza de las estatuas, o el oro esparcido por las paredes? A nada; todo es lujo insolente, loca soberbia, verdadero delirio; las cosas necesarias o verdaderamente útiles deberían ocuparnos, y no locuras inútiles. Ruina y desgracia: tal es la continuación de estos excesos. ¿Comprendéis la superfluidad, la frivolidad? No encontramos allí nada útil, nada que nos complazca, puesto que con el tiempo esta fastuosidad engendra la saciedad, y solo os deja daño y ruina. Pero el gusto por la vanidad es un espeso velo sobre nuestros ojos. Pablo abandonó aquello que consideraba una ganancia; y nosotros, ¿no sabemos renunciar por Jesucristo a aquello que nos corrompe?

No todos los cristianos rechazaban la opulencia, y pronto surgirían en el seno de la iglesia voces discordantes con el tipo de vida que llevaban algunos miembros del clero. La más firme oposición a estas conductas fue encarnada por el ascetismo, que se extendió como el fuego por todo el imperio durante la antigüedad tardía.

Por último, no podemos olvidar que la vida de Prisciliano y la extensión del movimiento priscilianista se desarrollaron en un período muy belicoso y de gran inestabilidad política, no solo por los alzamientos militares y las guerras civiles, sino también por las invasiones bárbaras y la instalación de pueblos dentro de las fronteras del imperio. En los límites septentrionales, que corrían a lo largo del Rin y el Danubio, había grandes contingentes de poblaciones germanas que con frecuencia se internaban en el imperio. En la frontera oriental, el imperio persa representaba un adversario siempre presente, y cuando estallaba un conflicto se convertía en un problema grave. Las escaramuzas entre romanos y persas conllevaban siempre el cambio de poder en ciudades o grandes franjas de terreno. En el año 363 las tropas del emperador Joviano quedaron atrapadas en territorio persa y Roma tuvo que ceder el control de las provincias fronterizas en un tratado de paz humillante. A su muerte le sucedió el general Valentiniano, aclamado por el Ejército. Su llegada supuso un respiro para las fronteras occidentales, dado que se trataba de un hombre con gran experiencia militar, tal y como narra Amiano Marcelino: «Fue muy astuto y prudente tanto a la hora de promover guerras como de acabar con ellas, estando como estaba endurecido por los ardores y el polvo del combate».²⁶

En las provincias orientales, Valentiniano delegó su poder en su hermano Valente. Esta decisión sería catastrófica para los intereses romanos. Es indudable que Valente no poseía el carácter de su hermano. Es de nuevo Amiano quien describe las virtudes y defectos de este emperador, «buen mandatario en la vida civil», pero

que no poseía el carácter de su hermano en la batalla, ni su experiencia: «Era bastante proclive a la crueldad, de espíritu algo rudo y sin formación alguna ni en el arte militar ni en los estudios liberales».²⁷

En el año 375 falleció Valentiniano y fueron nombrados emperadores sus hijos Graciano, de dieciséis años, y Valentiniano, de tan solo cuatro. Valente se convirtió en el mayor de los tres emperadores, pero debía enfrentarse a los problemas de Oriente sin el apoyo de su hermano. Los godos se habían instalado en las orillas del Danubio ante la presión de los hunos. En el 376, enviados de los godos llegaron a Antioquía solicitando permiso para adentrarse en el imperio. Valente permitió su paso controlado, con la esperanza de que en el futuro miles de hombres jóvenes podrían integrarse en el ejército romano. Pero la situación se descontroló y los godos se encaminaron hacia la ciudad de Adrianópolis. Incapaces de asediar la ciudad, devastaron la llanura de Tracia. Los ejércitos romanos salieron a su encuentro produciéndose múltiples bajas en ambos bandos. Finalmente, en el año 379, Valente decidió dirigir las operaciones en persona y marchó hacia Adrianópolis. Su sobrino Graciano le rogó que esperase a su llegada, pero Valente, ensombrecido por los recientes triunfos de este en las Galias, se lanzó al combate ávido de un éxito militar. La batalla fue atroz. El relato de Amiano es estremecedor: «Con la matanza causada en ambos bandos y la multitud de víctimas, los campos quedaron cubiertos de cadáveres y los gemidos de los que morían o de los que habían recibido espeluznantes heridas causaban pánico a los que escuchaban».²⁸

Pero quizás lo que convirtió a esta contienda en una de las derrotas más calamitosas de la historia de Roma fue que durante la misma falleció, en circunstancias desconocidas, el emperador Valente. Su cadáver nunca fue hallado, por lo que pereció sin recibir el honor de la sepultura. El horror por estos dramáticos sucesos no había desaparecido todavía cuando Amiano escribió su obra, compuesta veinte años después de la batalla. Y son precisamente estos hechos funestos los que cierran la obra del historiador antioqueno.

Fue este mundo el que vio nacer, crecer y perecer a Prisciliano. Un imperio de ciudades prósperas y suntuosas y lujosas villas de ocio; un imperio de relaciones comerciales a grandes distancias, en el cual cualquier producto podía llegar a cualquier lugar; un mundo de conflictos religiosos en el que el cristianismo progresaba día a día a costa del paganismo y los intelectuales abrazaban las nuevas corrientes ascéticas; un mundo de hombres cultos que empleaban principalmente el latín y el griego para transmitir sus obras en un contexto multilingüe; y un imperio en constante estado de guerra. Lejos quedaba ya la *pax romana* instaurada por el divino Augusto, y las extensas fronteras del imperio serían motivo de preocupación hasta su total desmoronamiento.